

Esperanzas y retos de la educación en una sociedad post-industrial*

Es un honor y un placer para mí estar hoy aquí entre ustedes. El carácter internacional de este Seminario constituye motivo de especial estímulo, ya que no hay lugar a dudas de que es mucho lo que podemos compartir en cuanto a las perspectivas para la educación. El observar una institución comparativamente en términos del papel que juega en distintos países, es una forma útil para percibir sus amplias consecuencias sociales. Es más, al parecer la índole misma de una sociedad dada, con frecuencia puede comprenderse mucho mejor desde afuera. En mi país aún seguimos formando a nuestros estudiantes con bases en los conceptos que tenía de Tocqueville acerca de lo que son los Estados Unidos y cómo funcionan.

También es estimulante para mí estar entre personas que comprenden la importancia de pensar anticipadamente en el futuro de las instituciones sociales. Demasiados entre nosotros tendemos a suponer que considerar un período de más de un decenio por venir es pensar en algo demasiado lejano para que sea pertinente. Sin embargo, el pensar sobre las dramáticas posibilidades del futuro sirve para recordarnos cuán significativas son las decisiones que hacemos hoy y cuán deficiente es la orientación del pasado en un mundo que cambia con tanta rapidez.

Al examinar la lista de los asuntos a tratar en el Seminario, que aluden al armazón económico, social y político a largo plazo de la educación durante toda la vida del hombre en una sociedad post-industrial, me llaman la atención dos conjuntos de sucesos contemporáneos que me parecen

ofrecer un telón de fondo muy significativo para nuestras deliberaciones.

El primero está ocurriendo en mi propio país. Precisamente ahora mi Gobierno está tratando de conseguir la legislación que autorice la creación de un Instituto Nacional de Educación y una Fundación Nacional de Educación Superior. El Instituto está pensado para brindar liderazgo federal en la investigación, e innovación educacional, aunando la investigación y el desarrollo hoy separados y faltos de una dirección claramente enfocada. La fundación será una fuente de apoyo de nuevos conceptos e instituciones que hagan frente a las nuevas necesidades de la educación superior. En su primer discurso acerca de la reforma de la educación, de marzo del año pasado, el presidente Nixon dijo: «Una nación justamente orgullosa de los sacrificados desvelos de sus millones de profesores y educadores debe unirse a ellos en una concienzuda reevaluación de nuestro total planteamiento de la educación.»

El segundo está ocurriendo aquí en el país que nos ha invitado. El Centro Nacional de Investigaciones para el Desarrollo de la Educación, en el que nos hallamos reunidos, es un ejemplo impresionante de una nueva institución consagrada a definir, mediante la investigación y el desarrollo, tanto las perspectivas de la educación como lo que puede hacerse realmente para conseguir el progreso de la educación. El Centro desempeña un papel importante en los hercúleos esfuerzos del Gobierno español para llevar a cabo la reforma nacional de la enseñanza. Un enunciado excelente de los objetivos de este programa de reforma lo contiene el informe publicado por el Ministerio de Educación y Ciencia y distribuido a los participantes en el Seminario: «... establecer un sistema educativo que se caracterice por su unidad, flexibilidad e interrela-

* Palabras del excelentísimo señor Elliot L. Richardson, secretario norteamericano de Sanidad, Educación y Seguros Sociales, en el Seminario Internacional sobre Prospectiva de la Educación, celebrado en el Centro Nacional de Investigaciones para el Desarrollo de la Educación. Madrid, 13 de abril de 1971.

ciones, al tiempo que se facilita una amplia gama de posibilidades de educación permanente y una estrecha relación con las necesidades que plantea la dinámica de la evolución económica y social del país.»

Una de las labores de este Seminario es la de identificar las fuerzas que están moldeando el futuro de la educación. No estoy familiarizado con los modelos que están formulando los pronosticadores, pero supongo que lo que Daniel Bell llamaba la sociedad post-industrial sigue siendo lo que mejor define el futuro de países económicamente adelantados. Es un futuro en el que las rentas industriales serán cincuenta veces mayores que las que se registraron en la era preindustrial; un futuro en el que el tiempo y el espacio dejarán de ser un problema en el campo de las comunicaciones; un futuro en el que la mayor parte de la actividad económica se habrá desplazado de la agricultura y producción industrial, a las industrias de servicios, las instituciones de investigación y las organizaciones que funcionan sin propósito de lucro.

Ese futuro ya está con nosotros en mi propio país. En Estados Unidos, al principio de este siglo, la mayoría de la población vivía de la agricultura. Durante la segunda guerra mundial, el mayor grupo laboral estaba formado por trabajadores industriales, especialmente operarios semicalificados de máquinas. Hacia mil novecientos sesenta el principal sector individual lo formaba lo que nuestra Oficina del Censo llama personal profesional y de gerencia. Para fines de este decenio esa última categoría abarcará a la mayoría de los norteamericanos en la fuerza laboral civil e igualmente inevitable lo hará en otros países.

Este futuro no sólo moldeará el carácter de la educación y la educación misma, impartándole nuevas formas fundamentales, sino que el propio futuro, a su vez, será moldeado en grado considerable por la educación. Es un futuro en el que imperarán los conocimientos y tomarán el lugar del tamaño de la fuerza laboral o del crecimiento de capitales como el factor más importante del crecimiento económico. Es más, esto ya está ocurriendo. Peter Drucker, autor de *Edad de la discontinuidad*, ha declarado que un noventa por ciento de todos los científicos y tecnólogos que vivieron a lo largo de la historia de la humanidad, viven hoy, y están trabajando hoy.

Las personas habrán de tener niveles extraordinarios de conocimientos para comprender, y mucho más para dirigir el curso de la sociedad. Los empleos cambian tan rápidamente en los países económicamente adelantados que los ciudadanos necesitan una base de educación y oportunidades para segundas carreras educacionales para poder ganarse la vida. Solamente para ser un ciudadano eficaz se necesita un grado considerable de aprendizaje sistemático.

Al contemplar este futuro, podría especular sobre las enormes posibilidades que ofrece para sistemas de educación completamente nuevos. Los satélites de comunicación, la televisión por cable, los cartuchos magnetofónicos de video, los compu-

tadores miniaturizados, ofrecen todos una base real y disponible para dar cabida a los sueños y proyecciones. Con tal porvenir habrá mayor necesidad y mayores oportunidades de establecer cauces de investigación cooperadora y de estudio internacional, lo que nos permitirá arremeter contra nuestros problemas con aumentada eficacia.

Quisiera, sin embargo, limitarme a lo que ahora se considera constituye nuestro sistema de educación regular—nuestras escuelas, institutos y Universidad—. En el pasado han demostrado una tenacidad increíble contra los cambios importantes, y por lo tanto me parece que seguirán con nosotros durante mucho tiempo, más o menos en la misma forma.

Si existe una sola «perspectiva» para estas instituciones, es que asumirán un papel cada vez más importante en todos los países. De esto se desprende una observación consecuente: su creciente importancia no sólo como instituciones educativas, sino como instituciones sociales, gravará y someterá a prueba nuestra capacidad para formular políticas públicas sabias en relación con la educación. Los sociólogos, desde luego, piensan a menudo acerca de nuestras instituciones de educación en términos sociales muy amplios. Pero, con mucha frecuencia, en lo único que pensamos cuando diseñamos políticas a seguir en el campo de la educación es la cantidad de escuelas adicionales que necesitamos para transmitir conocimientos a un número creciente de personas.

Tenemos que pensar en otras cosas también. Mi propio país es un estudio de caso sobre el significado social que han adquirido nuestras instituciones de educación; relataré lo que hemos experimentado, para ilustrar este punto.

Hemos construido, equipado y dotado de personal escuelas primarias y secundarias para dar cabida a toda nuestra juventud. Y estamos ahora esforzándonos rápidamente por extender oportunidades para una educación superior a todos aquellos que la deseen. Si consideramos todos los niveles de nuestro Gobierno, en Estados Unidos, gastamos más en la educación que en nuestra defensa nacional. Gastamos más en educación que en cualquier otro servicio a la comunidad, como salud o asistencia social.

Hace poco, nos sentimos sumamente halagados por la publicación del libro de J. J. Servan-Schreiber, *El desafío americano*. No recibimos alabanzas desde el exterior muy a menudo, y menos de un francés. Lo que es pertinente es que declaró que el desafío americano hacia Europa no es de carácter militar o político, sino en términos sociales y educativos. Indicó que el secreto de nuestro dinamismo económico descansa en la amplia base de nuestro sistema de educación y la índole igualitaria de nuestra sociedad. Se queja de que en los países europeos solamente de un diez a un veinte por ciento de los jóvenes de quince años de edad llegan a la Universidad. En Estados Unidos, más de la mitad alcanzan las aulas de la educación superior.

Sin embargo, sería difícil encontrar una persona en los Estados Unidos hoy en día que pien-

se que nuestro sistema merece tales alabanzas. Por el contrario, existe más desasosiego y crítica sobre nuestras instituciones de educación de lo que yo recuerdo haber presenciado en mi vida. Nuestras escuelas primarias y secundarias se califican como instituciones tristes. Nuestros institutos y Universidades se ven envueltos en disturbios. El público está rechazando en las urnas emisiones de bonos para financiar nuestras escuelas primarias y secundarias y está negando su apoyo a los institutos y Universidades.

Estas reacciones reflejan toda una serie de diversos factores. Reflejan una revolución de crecientes expectativas sobre lo que la educación puede y debe hacer. Reflejan el hecho de que los intereses políticos en la educación están aumentando con la misma rapidez que los presupuestos y el tamaño de las instituciones. Pero también reflejan algo más: dudas, incertidumbre, quizá incluso temor sobre cuáles serán las consecuencias de las instituciones que hemos creado.

En nombre de extender las oportunidades de educación, ¿estamos acaso prolongando demasiado la adolescencia? ¿Sirven nuestras instituciones de educación superior para integrar, o para separar las generaciones en la vida norteamericana? ¿Estamos verdaderamente ampliando las oportunidades para la movilidad social? ¿O acaso, en nuestro entusiasmo por impartir la instrucción académica, estamos creando una nueva brecha social entre los que tienen certificaciones de estudios y los que no las tienen?

Estas no son preguntas que me propongo contestar. Lo que quiero indicar es que éstas son preguntas que se plantean con demasiada poca frecuencia, o que se contestan, en el curso normal de formular políticas sociales para la educación. Volvamos de nuevo a mi propio país a manera de ilustración y a la educación superior, que es el tema de nuestro enfoque actual para ampliar las oportunidades.

El Gobierno federal de los Estados Unidos siempre se ha consagrado al apoyo de la educación superior. Esta dedicación empezó en tiempos de nuestra Guerra de Secesión, y prosiguió hasta el apoyo a la investigación científica que emanó de la segunda guerra mundial y que se multiplicó después del lanzamiento del *sputnik*. La base de esa dedicación era la premisa sencilla de que ciertas clases de educación superior son necesarias para la defensa nacional.

Sin embargo, en la década de mil novecientos sesenta-setenta surgió una nueva justificación para la política federal a seguir, y ésta dio por resultado una nueva ley sobre educación superior en mil novecientos sesenta y cinco. Esto era una inversión o una justificación económica. El éxito alcanzado por nuestros soldados que regresaron a sus estudios fue suficiente para respaldar el argumento de que una inversión en la educación gratuita de grandes cantidades de estudiantes había beneficiado a nuestro país de muchas maneras, desde un aumento de la productividad hasta mayores ingresos para el Gobierno en impuestos. Este sentimiento práctico por parte del público

fue robustecido por complejas y elegantes argumentaciones ofrecidas por economistas que indicaban que las utilidades devengadas de la inversión en la educación eran por lo menos tan elevadas como las utilidades de una inversión en explotaciones petrolíferas. Este argumento, a su vez, fue reforzado por el hecho de que nuestro país había aceptado que el Gobierno federal asumiera un papel importante para mantener un grado razonable de prosperidad económica.

Hoy, lo que he denominado las razones de ser de la defensa y de las inversiones, parece que ya han dado de sí todo lo que pueden. Fueron adecuadas en su día. Pero la distancia entre la realidad de que surgieron y las necesidades y demandas sociales del presente está resultando más notoria constantemente. Una política no puede descansar más tiempo en proposiciones tan débiles en vista de tal disonancia social. Indudablemente, las justificaciones económicas abrieron el camino para conseguir el apoyo de la tradicional consagración norteamericana a la igualdad en forma de «igualdad de oportunidades», con lo que el argumento a favor de un más acentuado interés nacional en la educación resultó reforzado al aunar el propio interés económico con principios aceptados de virtud social. En tanto hemos considerado la educación superior como el camino natural para lograr la movilidad social de las minorías en situación desventajosa, y hemos robustecido nuestra opinión de que teníamos que acelerar la matriculación de esas minorías en estas instituciones con miras a resolver nuestros problemas raciales. Pero el punto que deseo señalar es que hasta ahora el Gobierno federal norteamericano no había considerado la educación superior, sino como un sistema de ofrecer conocimientos a la gente o de suministrar servicios al Gobierno, lo cual evidentemente no basta. Al buscar una base sensata para la política pública de la educación, hemos de tener en cuenta una variedad de preocupaciones sociales que nunca se habían considerado. Me parece que en el decenio venidero hemos de abarcar por lo menos cuatro necesidades nuevas y demandas sociales importantes.

La primera es el cambiante papel de la familia. En los Estados Unidos la demanda de que se defina de nuevo el papel de la mujer ya se ha esparcido más allá de las clases elevadas, más allá de los barrios pudientes de las afueras, para llegar a la clase media y para transformarse en potente fuerza política. En la actualidad nuestras instituciones educativas reflejan las tradicionales suposiciones sociales acerca de la mujer que rigen en nuestra sociedad en general. Las estructuras y los usos de nuestros colegios universitarios y Universidades reflejan prejuicios inherentes contra las mujeres. Hemos de considerar, por tanto, toda una nueva serie de cuestiones. ¿Qué nuevos programas se necesitan? ¿Precisamos diferentes ordenaciones de la educación o instituciones pensadas para brindar educación superior en lugares y momentos más convenientes para las mujeres?

Una segunda necesidad es la de desarrollar una

relación vital entre nuestras instituciones educacionales y nuestras comunidades para que la gente pueda tener un cierto control de las decisiones que afectan sus vidas y que ofrecen un cierto sentido de identidad y pertenencia. Estoy pensando en comunidades mucho más pequeñas que una nación, mucho más pequeñas que los Estados de mi país o que las provincias en algunos de vuestros países: comunidades más bien del tamaño de poblados norteamericanos y aldeas europeas en las que todo el mundo se conoce y participa en instituciones comunes. En Estados Unidos, una gran parte de las instituciones de educación, en especial nuestras escuelas superiores y Universidades, se han convertido en instituciones enormes, sin raíces en la comunidad. La mayoría de ellas destruyen el sentido de lazos con la comunidad y la identidad local de los estudiantes que asisten a ellas. ¿Qué consecuencias encierra esto? ¿Debemos acaso tratar de diseñar y ubicar instituciones de educación conscientes del hecho de que pueden ser puntales psicológicos y económicos significativos de una pequeña comunidad?

Quisiera agregar que ésta es una consideración de especial importancia al considerar la forma en que nuestras políticas sociales afectan a los grupos minoritarios en nuestra sociedad. En Estados Unidos, un sentido de identidad étnica está aumentando rápidamente y este nuevo brote de orgullo ha aportado muchos beneficios evidentes. ¿Qué consecuencias tendrá el arrancar de sus comunidades a los miembros de grupos minoritarios con el fin de que puedan adquirir el nivel de conocimientos y pericias que llamamos educación superior?

La tercera consideración ya la mencioné anteriormente, y es el papel que deben desempeñar nuestras instituciones de educación para enfrentarse con los conflictos entre las generaciones. En Estados Unidos, y creo que lo mismo ocurre en vuestros países, nuestras escuelas, institutos de enseñanza superior y Universidades son casi exclusivamente instituciones para la juventud. Las escuelas superiores norteamericanas se esfuerzan en gran medida por atraer a una población estudiantil variada en términos de sus antecedentes regionales, sociales y étnicos. Sin embargo, raras veces consideran que la edad pudiera ser un factor que debiera considerarse junto con los demás al determinar el ingreso. ¿Qué necesidades de otros grupos de edad diferentes han de satisfacer

nuestras instituciones de educación superior? Por tanto, nuestras instituciones separan más bien que integran a las generaciones.

Finalmente, me gustaría mencionar un nuevo fenómeno social que está tomando fuerza en muchos de nuestros países, una fuerza que tiene extraordinarias consecuencias para nuestras políticas sociales en materia de educación. Esto consiste en el brote, sobre todo entre nuestra juventud, de un punto de vista no instrumental de la educación y de la carreras a seguir; es más, un punto de vista no instrumental sobre la vida misma. La denominada nueva «contra-cultura» de la juventud está fuertemente influida por ese concepto. Muchos de nuestros jóvenes opinan que los valores más elevados consisten en liberar el sentido de conciencia humana y realizar la calidad de la experiencia existencialista; en reemplazar el materialismo, la abnegación y la lucha por los logros que caracterizan a nuestra sociedad actual, con un nuevo hincapié en lo expresivo, lo creador y lo imaginativo.

¿Qué significa entonces esto para nuestras instituciones de educación? ¿Cómo pueden nuestras Universidades seguir siendo santuarios que sirven de escudo contra la sociedad activa, lugares para reflexionar, sin convertirse en refugios para aquellos que prefieren la vida estudiantil solamente por lo que ésta encierra? ¿Debería el público o el Gobierno prestar apoyo a individuos que buscan una educación como un fin en sí y no como un medio que los prepare para una carrera?

Así vemos que las perspectivas son que la educación presentará un desafío que nunca antes habíamos considerado quienes nos preocupamos sobre la política a seguir. Como el subsecretario Díez Hochleitner dijo ayer en sus palabras de inauguración, todos los países se dan cuenta de la necesidad de la reforma porque reconocen la necesidad de adaptarse a las cambiantes exigencias del porvenir. Tendremos que ampliar nuestros horizontes. Todos tendremos que exponer abiertamente nuestras políticas escondidas relativas a la educación y hacer que nuestros programas de educación sean coherentes con nuestras inquietudes sociales generales.

Gracias a este Seminario y a los españoles, que nos han invitado amable y hospitalariamente, todos volveremos a ocuparnos en estas tareas con ideas nuevas, una nueva comprensión y con nuestra determinación fortalecida.